

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



EPITAFIO DE UNA JOVEN

(De Runeberg, poeta sueco.)

La joven acaba de ver á su amante y trae las manos encarnadas. Su madre le dice: —Hija mía, ¿por qué tienes las manos tan encarnadas? —Madre, he estado cogiendo rosas y me he punzado con las espinas—. Otro día vió á su amante y volvió con los labios encarnados. Su madre le dijo: —¿Por qué tienes los labios encarnados? —Madre, he estado cogiendo fruta por los matorrales, y con el jugo se han puesto encarnados—. Otra vez vió á su amante y volvió con el rostro pálido. Su madre le dijo: —Hija mía, ¿por qué estás tan pálida? —¡Ay!, madre mía, haz que me abran la sepultura, que me entierren pronto, y pon sobre mi tumba una cruz con estas palabras: «Un día vino con las manos encarnadas, porque su amante las había estrechado entre las suyas; otro día vino con los labios encarnados, porque su amante los había cubierto de besos; una tarde, por fin, vino con el rostro pálido, porque su amante la había engañado.»

Traducción de AUGUSTO FERRÁN.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes.....	EDUARDO SOJO	EN PROVINCIAS.	Un trimestre.....
	» trimestre.....			» semestre.....
	» año.....			» año.....
	1 pesetas.			3 pesetas.
	2,50			6
	10			12
			EXTRANJERO...	15

LA UNIÓN NACIONAL

Un aplauso, no por desinteresado, menos caluroso, á la Unión Nacional.

Es una vergüenza. Ante las demasías del poder, —¡oh, ese Silvela está haciendo bueno á Cánovas y á Sagasta!— todos callan, desde los carlistas á los republicanos. Silencio, sinónimo de complicidad.

¡Los comerciantes! ¡Los industriales! Parece que está en moda hablar mal de ellos. ¿Y por qué? Antes, cuando auxiliaban á la restauración, nosotros los hemos combatido. Ahora no; ahora están á nuestro lado, á la vanguardia, luchando, defendiendo los grandes intereses de la patria.

Ellos son los únicos que hasta la fecha han protestado de la funesta obra de Villaverde.

Y por eso, por revolucionarios, los aplaudimos y los enaltecemos.

ENSEÑANZA LIBRE

Harta razón tiene el marqués de Pidal para defenderse de la nota de reaccionario. Harta. ¡Reaccionario él! ¡Si es más liberal que Riego! Nosotros seremos si acaso los reaccionarios, nosotros que queremos una instrucción obligatoria, impuesta por el Estado. El marqués quiere una enseñanza libre, libérrima, fiada por entero á las propias espontaneidades sociales. ¿Cabe mejor prueba de que Pidal se inspira en la santa libertad cristiana, mientras que nosotros somos satélites de la autocracia revolucionaria y jacobina?

Tan no es reaccionario Pidal que, si algún peligro corre, es el de despenarse en la sima anarquista por la pendiente libertaria. Según él, la enseñanza debe ser dejada á la libre iniciativa social porque ésta es la verdaderamente interesada en el asunto. ¡Ay del Estado el día en que tal doctrina llegare á prevalecer! ¿Quiénes tienen interés en lo que hacen los gobernantes, si no son los gobernados? ¿Es al ministro de la Guerra, ó es á la patria á quien, ante todo, interesa la defensa de su territorio? ¿Es á los funcionarios del ramo ó es á los ciudadanos á quienes importa la recta administración de justicia? ¿Es al director de Correos ó son los que envían cartas y las reciben los que están más directamente interesados en el buen despacho de la correspondencia pública? Y así en todo. ¡Adiós, pues, ejército, y marina, y tribunales y Administración! El público, como el más interesado, debería defenderse á sí mismo, hacerse justicia y transportar su correspondencia. En esta concepción, el Estado se desvanece. El marqués de Pidal nos resulta, no ya un discípulo, sino un émulo de Kropotkine.

La libre iniciativa social ha dado aquí en punto á la enseñanza brillantes resultados. Es un sistema abonado por un éxito, más que secular, inmemorial. A él debemos nuestro estado presente, pasmo de las naciones cultas. Gracias á él somos, en materia de instrucción, el primero de los pueblos. Casi la tercera parte de los españoles casi sabe leer y escribir. Nuestros maestros de primera enseñanza, nadan en la opulencia. Nuestras escuelas son verdaderos palacios, en que una infancia plétórica de salud é inteligencia, aprende jugando.

Nuestra pedagogía es el asombro del mundo. De nuestros Institutos, de nuestras Universidades, sale una juventud llena de sabiduría práctica é iniciativas provechosas. La cultura es aquí la gran preocupación nacional. Fundaciones docentes, debidas á la iniciativa privada, pululan por todas partes. No muere una persona acomodada sin dejar en su testamento alguna manda consagrada al fomento de la instrucción. ¡Y se pretende que el Estado, con su poder coactivo, vaya á ingerirse en el desempeño de una función que la sociedad de suyo tan espléndidamente cumple! Que esto pase en la atrasada Francia, en la inculta Inglaterra, en la embrutecida Alemania, vaya en gracia. Tales naciones necesitarán de la instrucción obligatoria, nosotros no. También en Marruecos es de todo punto libre la enseñanza.

Eso ha hecho aquí en materia de instrucción la iniciativa privada, y eso seguirá haciendo. Ni podía esperarse otra cosa. ¿Quién mejor que una sociedad inculta para comprender y apreciar en su justo valor los beneficios de la cultura? El gañán del campo, ajeno á toda educación, es el mejor juez para fallar la que deban recibir sus hijos. No sabiendo leer ni escribir reúne las mejores condiciones para estimar y poner en su punto los beneficios de la instrucción elemental. Metido en la rutina hasta los ojos, verá con gusto que su hijo reciba una preparación técnica para el desempeño de su oficio. No teniendo apenas que comer, estará dispuesto á hacer por la ilustración de su descendencia los indispensables sacrificios pecuniarios. Y sobre todo es padre. La paternidad merece respeto. Se entiende la paternidad ortodoxa. Los padres protestantes y judíos pueden ser privados de sus hijos cuando se trata de inculcar á éstos la verdadera fe. Testigos Luis XIV y Pío IX. Pero sería un atentado contra la patria potestad el obligar á un padre refractario á toda cultura, á enviar sus hijos á la escuela para que allí sean educados en los principios de esta barbarie moderna que llaman civilización.

Aun en la enseñanza superior, reservada á la burguesía, la libre espontaneidad social está dando frutos óptimos. El amor desinteresado del saber no desvela á los padres ni á los hijos. Solicitos por el porvenir de éstos, procuran aquéllos desde la adolescencia hacerlos reaccionarios. Los establecimientos oficiales no parecen ya alefeto bastante retrógrados, á pesar de la labor empleada constantemente durante veinticinco años para hacer de ellos una especie de seminarios laicos. Los jesuitas acaparan la segunda enseñanza, en perjuicio de los Institutos y aun de los escolapios más inofensivos. Deusto y Monte Sacro son dos venturosos ensayos de universidad ultramontana. La castración espiritual se practica aquí en grande escala. Seis años de latín preparan á los muchachos para el desempeño de las profesiones útiles y les ponen al tanto de las exigencias de la época y del espíritu del siglo.

No hay duda que fué acertadísima la elección del marqués de Pidal para la cartera que desempeña. Ella sola basta para demostrar el fruto que hemos sacado de la dura lección del desastre. Pidal en Fomento era todo un programa. Hacienda del porvenir llamó á Fomento Ruiz Zorrilla, y es más que eso, porque es el porvenir entero. No haya miedo de que ese porvenir se malogre en manos del marqués. Si una generación formada en

las fecundas agitaciones revolucionarias ha dado de sí á la postre la situación que padecemos, ¿qué no podrá esperarse de esa juventud guiada por los Reverendos Padres de la Compañía en el camino de la salvación eterna? Abajo el embrutecimiento; arriba la mogigatería y la impotencia. Veinte años más de este régimen, y el pueblo español será una horda de bárbaros gobernada por una cofradía de sacristanes.

ALFREDO CALDERÓN.

LA PENA DE MUERTE

Se acabó la ejecución pública de los reos condenados á muerte. Se la verificará en lo interior de las cárceles á presencia de corto número de testigos. Algo se ha logrado.

Lo que nosotros queríamos, sin embargo, es que se aboliese la pena. Horrible nos parece la ejecución en público; horrible en privado. Tiene en privado una frialdad que impone cierto aire de asesinato cometido en la sombra. Hemos visto recientemente fotografiada la de los que mueren por una descarga eléctrica. Nos ha hondamente impresionado.

¿Por qué no se abolirá ese indigno castigo, que tanto asemeja al criminal y al Estado? ¿Por qué se habrá de seguir aplicando aquella pena del talión, que exige muerte por muerte? ¿Por qué no se habrá de suprimir al verdugo, á quien nadie se atreve á dar la mano, tal es el horror que inspira?

¿Evita tan bárbara pena los crímenes? Recorred las páginas de los periódicos y ved cuántos hombres han subido en un año al patíbulo y cuántos han sido objeto de indulto. Os asombrará el número de los criminales sentenciados á muerte.

No enmienda; destruye. Es la negación del sistema correccional que hoy tanto encarece la ciencia. Es ejemplo de crueldad para los crueles, de venganza para los vengativos: no alienta sino malas pasiones.

Si el Estado puede matar á un hombre porque mató, dicen las gentes apasionadas, con igual derecho puedo yo matar al que mató á cualquiera de mis deudos. Así pensaron y procedieron las tribus salvajes y aun las bárbaras, y algo de esto fomenta aún los crímenes y puebla las cárceles.

¿Qué de trabajo no cuesta desarraigar antiguas preocupaciones! Todavía no se creen seguras las sociedades si no extiende su sombra el verdugo sobre los umbrales de los palacios de justicia.

LOS DOS PERROS

(Fábula de Samaniego, adulterada con alevosía.)

Silvela, cangaloso y atrevido, al llegar al poder, por un descuido, en fuerza de chanchullos en adobo, se pone la barriga como un globo. Sagasta el tragador, su compañero, le encuentra devorando, encarnizado, colmillo acicalado, intrépido, feroz, caníbal, ciego, al país, que se encuentra desarmado, y se deja lo mismo que un borrego.



Proyecto de estatua en honor de Doña Regeneración.
(Atribuido á Silvela.)

de la Vuelta de M. Bonifacio, Gesta del Valle, 22



¡Ya verán ustedes lo que resulta del toquecito!



Napoleón el chico; ¡pero el más chico!

DON QUIJOTE

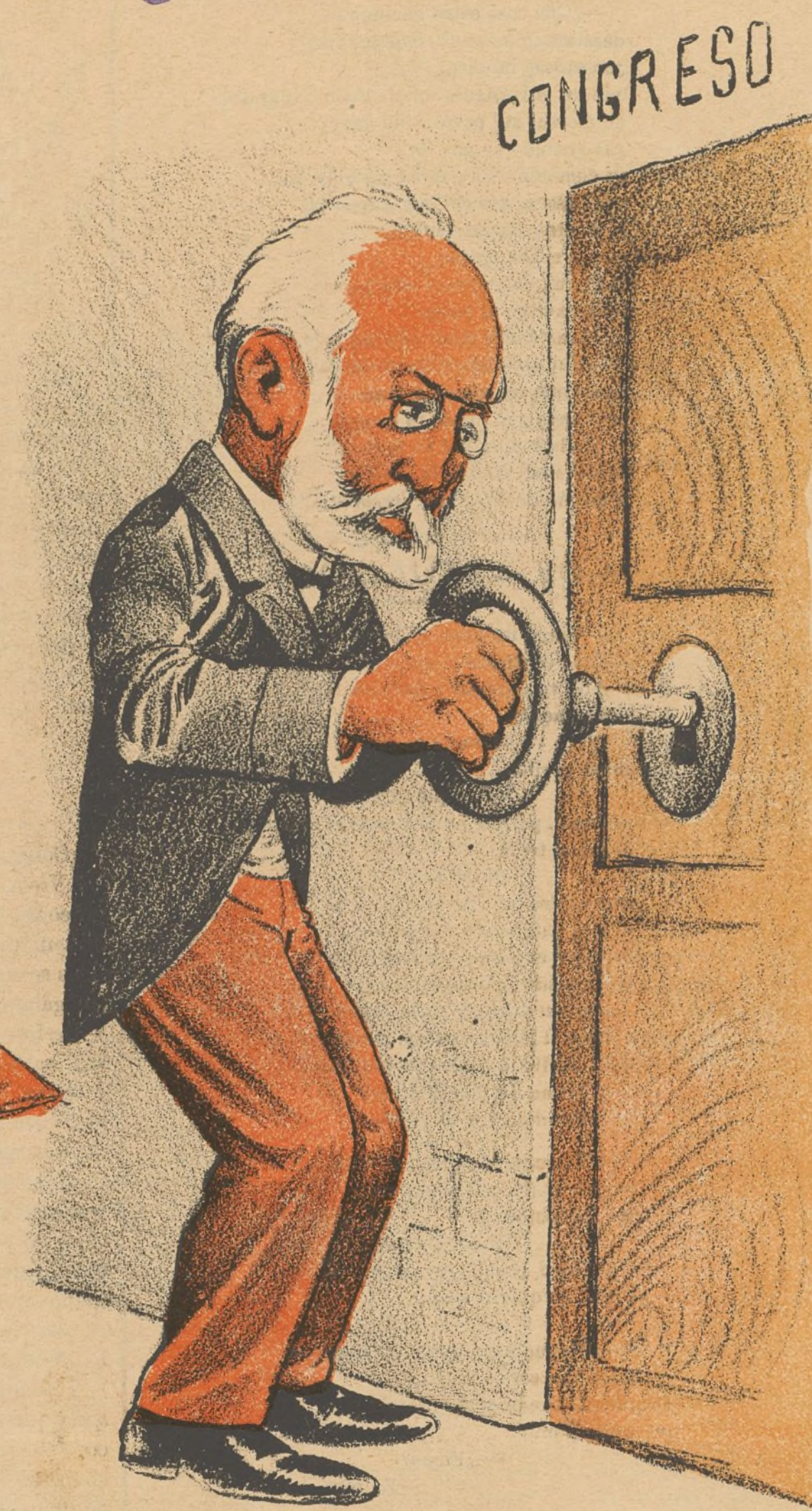
UN CONSEJO



Don Antonio á D. Paco:
—Zigue mi conzejo y retrárate, que ya te han conozío, y too
er mundo sabe que eres de capirote.



Preparándose á tomar los trastos de matar.



Y ahora... ¡á obrar!



¡Cielos, la hidra vuelve á tener la cabeza libre!



O salvador da humanidad.

—¿Qué cosa estás haciendo, desalmado mastín? (Sagasta dice):
 ¿no sabes, infelice,
 que un gobernante infiel, malo é ingrato,
 no merece ser perro, sino gato?
 ¿Al pueblo que nos fía
 su custodia y su guarda noche y día,
 nos halaga, nos cuida y alimenta,
 le das tan buena cuenta,
 que le robas, goloso,
 la pierna del carnero más jugoso?
 Como amigo te ruego
 no la maltrates más; déjala luego,
 —Hablas—dijo Silvela—bellamente.
 Una duda me queda solamente
 para seguir al punto tu consejo:
 di, ¿te la comerás si yo la dejo?
*Procure ser, en todo lo posible,
 el que ha de reprimir, irreprimible.*

DE ACTUALIDAD

—Venga un puro. ¿Cuánto cuesta?
 —Doce céntimos y medio.
 —Allá van quince y devuélvame
 dos y medio.
 —Lo que es eso
 no es posible.
 —¿Por qué causa?
 —Pues... porque no hay medios céntimos.
 —Deme trece.
 —No, señor,
 que en ese caso yo pierdo.
 —Y si usted doce me entrega,
 salgo yo entonces perdiendo.
 ¿Cómo salir de este apuro?
 —Hay un medio y yo lo tengo.
 —Pues si lo tiene usted, venga.
 —El medio es coger un céntimo...
 —¿Y cómo lo fraccionamos?
 —Cortándolo por en medio.
 —Ya subió el tabaco, Arturo.
 —¿Subir? ¡No me haga reír!
 No ha subido.
 —Estás seguro?
 —Lo digo, porque este puro,
 chico, no quiere subir.
 —Porque han subido el tabaco,
 mi mujer está que trina,
 porque has de tener presente
 que mi mujer...
 —¿Fuma?
 —En pipa.
 —Subió el tabaco.
 —Corriente.
 —¿Pero eso usted no lo siente?

—¡Si no hay más que conformarse;
 que acabarán por fumarse
 al pobre contribuyente!

—¡Qué buena breva usted lleval
 —Aunque yo no he estado en Cuba,
 por más que el tabaco suba
 no me falta á mí una breva.

VICENTE RUBIO.

«LA CAMPANA»

Ha reaparecido *La Campana*, de Bonafoux. ¡Estamos de enhorabuena! Un periódico así, como ese, nos estaba haciendo mucha falta. La prensa madrileña ha perdido en virilidad lo que ha ganado en circulación. Da pena leer esos «rotativos», perros ladrones, incapaces de la dentellada. Y hay que morder hasta hacer sangre, hasta hacer tajada... Dato, ese congrio cebado, sabe mejor que nadie, el por qué de la *discreción* de nuestros grandes periódicos.

¡Bien venida sea á nosotros *La Campana*!
 Y ya sabe usted que puede contar con nosotros para todo, amigo Bonafoux.

UNO DE TANTOS

¿Conque no conocéis á D. Pepito, al célebre D. Pepito? Vaya, vaya; pues es raro, muy raro, porque es un chico de los que más *lucen*, un *smart* de los más *smart*. Joven, airoso, coquetón; en todos los centros aristocráticos se solicitan sus miradas y se disputan las damas sus galanteos.

De frac ó de levita, de smoking ó americana, siempre está suljugador, irresistiblemente atractivo. Posee dos carreras, un capitalito de unos cuantos milloneros y otra cosa más, lo que más *viste*, un título nobiliario.

Todo esto se lo debe á su papá, un grande hombre... uno de los muchos grandes hombres que por fortuna tenemos en este delicioso país que se llama España.

El tal prócer, que haciéndole el honor que se merece, es uno de los que han convertido esta nación poco menos que en un Paraíso, no tiene más encanto que su *bebé*, su D. Pepito; y ¡claro! como es natural, por él ha de hacer imposibles.

Verdaderamente el muchacho es un prodigio: no hay *sport* que no conozca, ni señora cuyo corazón no parta con sus ojazos azules, desmesuradamente abiertos siempre, como si en ellos quisiera mostrar la ambición de toda su raza.

Doctor en Derecho y Doctor en Ciencias: he aquí los dos títulos universitarios que obtuvo casi á un tiempo cuando era poco más que un niño.

RAIMUNDO.—¡Parece que se está usted burlando de mí (*La besa la mano.*)

LA MARQUESA (*sonriéndose*).—Está visto; con el calor no sabe usted lo que se hace.

RAIMUNDO.—El amor, el verdadero amor, no puede expresarse con palabras... ¡Encantadora!

LA MARQUESA.—Firmado: Alfonso Kar.

RAIMUNDO.—Hasta ahora no me había fijado... ¡Qué pies más bonitos tiene usted!

LA MARQUESA (*irónicamente*).—¡Encantadores!

RAIMUNDO.—Con su permiso voy á medirlos. A ver... Diez centímetros de largo por tres de ancho.

LA MARQUESA.—Estese usted quieto. Ciertas licencias no pueden permitirse sino á los zapateros... guapos.

RAIMUNDO.—Frase hecha: beso á usted los pies. (*Se los besa.*)

LA MARQUESA.—Firmado: Novejarque.

RAIMUNDO.—Permítame usted que rectifique la firma. (*Se los vuelve á besar.*)

LA MARQUESA (*reíndose*).—Le diré á usted lo que Martínez Campos al conde de las Almenas: «no se puede rectificar!»

RAIMUNDO.—Contestación del conde de las Almenas: «ese es un abuso intolerable; la presidencia no sabe lo que se hace!» ¡Protesto, protesto y protesto!» (*Besa tres veces los pies á la marquesa, «línea adelante».*)

LA MARQUESA (*bajándose la falda*).—Equivoca usted el camino... ¡Queda terminado este incidente!

RAIMUNDO.—¡Y sigue el calor!

LA MARQUESA.—Dí sgraciadamente... Abra usted el balcón á ver si la noche nos ha traído algún fresco. ¡Oh, yo estoy sofocada!

RAIMUNDO.—Y yo.

LA MARQUESA.—No es extraño, como es usted tan... —no encuentro la palabra, ó no quiero emplear la que encuentro... tan ardiente...

RAIMUNDO.—¡Mucho!

LA MARQUESA.—Pues coja usted el abanico, que está en el suelo, y aírrese, que ese es el gran remedio.

Asiste al teatro todas las noches; y aunque parece que no oye ni ve lo que se representa, caído el telón, es el primero en protestar de los cómicos y los autores, con muchísima razón desde luego, porque es lo que él dice: una vez conocido el extranjero, no es posible transigir con las *cosas* de España. ¡Ah, España! País de imbeciles, tierra de bandidos... Esto exclama con frecuencia, sin acordarse de que su padre ha sido ministro y lo será otra vez.

Mira todos los periódicos, pero no lee ninguno; habla de todo y de todo discute; no siente predilección por nada; como siempre ha satisfecho sus deseos, ve el mundo con la indiferencia que el hábito mira un plato de carne.

Su complexión enclenque, hija de un raquitismo de origen, está al unísono con su estructura moral. Como jamás ha vivido la miseria ni se ha rozado con los que padecen hambre y dolor, su corazón es en él algo así como un cacho de piltrafa.

Se acuesta de madrugada, se levanta al anochecer. Como es rico, todo le sobra; amor, amistad, besos, halagos...

En política sigue las huellas del autor de sus días; es conservador... porque tiene mucho que conservar.

A la iglesia, por costumbre, va todos los domingos, pero no en calidad de devoto, sino en clase de santo: sobre el pedestal de su orgullo se muestra á las beatas como un ídolo poseído de su papel...

Este es, á grandes rasgos D. Pepito, el ilustre D. Pepito; mañana, seguramente, el Excmo. Sr. D. José; porque eso sí, nació de un ministro y ministro será; como del melón nace el melón.

¿Que no tiene méritos para ello?—dirá... alguno que no sea español.

¡Bobada! ¡Que más méritos que haber frecuentado las mesas de Fornos y los picaderos y los salones de la alta sociedad.

MIGUEL DE SILES CABRERA.

LIBROS

Tierra andaluza, por Julio Pellicer. Hermosa colección de cuadros, muy justos de color, muy sentidos, que revelan en el autor á un verdadero artista.

Precio, 2 pesetas.

El notable escritor D. Carlos Batlle, ha publicado con el título de *Fray Gabriel*, una originalísima no vela, «tomada» de la realidad, muy bien escrita y muy interesante.

Precio, 8 pesetas.

Versos, por Vicente Casanova. Hacemos nuestros los aplausos que toda la prensa ha tributado á este hermoso libro, en el que Casanova nos muestra gallardamente su personalidad de verdadero poeta.

Precio, 2 pesetas.

Imprenta de Antonio Marzo, Calle de las Pozas, 12.

LAS MIL Y UNA NOCHES DE DON RAIMUNDO

I

Salita de recibir, estilo Pompadour, en casa de la marquesa del Monte Hermoso.

LA MARQUESA (*casi acostada sobre una chaise longue, gestilo Pompadour? y abanicándose furiosamente*).—¡Oh, hace un calor insoportable!

DON RAIMUNDO (*sentado á distancia respetuosa de la marquesa*).—¡Insoportable!

LA MARQUESA.—¿Quiere usted que le preste mi abanico?

RAIMUNDO.—¡Si usted fuera tan amable! (*Aproxima su silla á la chaise longue y estrecha durante «breves» segundos la mano de la de Monte Hermoso—una manita aristocrática, de dedos largos y afilados, pálida y «hasta» azulada.*)

LA MARQUESA.—¿Pero qué quiere usted, mi mano ó el abanico?

RAIMUNDO (*sonriéndose*).—¡Perdóneme usted; me trastorna de tal modo el calor que apenas si sé lo que hago! (*Se apodera de las manos de la marquesa; el abanico se cae al suelo.*)

LA MARQUESA.—¡Bueno; ya se cayó el abanico!

RAIMUNDO.—¡Marquesa, es usted encantadora!

LA MARQUESA.—¿Qué me cuenta usted? ¿Encantadora? ¡Vaya una noticia! Vengo siéndolo hace la friolera de treinta años. ¡Encantadora! Decididamente es usted un hombre de mucho *chic*, de mucho ingenio... ¡Encantadora! ¡Yo he oído alguna vez esa palabra! No la ha inventado usted en estos momentos, ¿verdad? En fin, yo la he oído ó la he leído en alguna parte. Acaso en *La Filocalia* de Silvela y Liniers. ¡Me suena, me suena esa palabreja! ¡Encantadora!

RAIMUNDO (*muy contrariado*).—¡No creo haber dicho ningún disparate!

LA MARQUESA.—¡Pero quién dice semejante cosa!

RAIMUNDO.—¡Pero si me tiene usted sujetas las manos!

LA MARQUESA.—Es verdad; tenía usted razón al decir que con este calor no sabe una lo que se hace.

RAIMUNDO.—¿La abanico á usted?

LA MARQUESA.—No quisiera molestarle...

RAIMUNDO.—¡Pues si yo no deseo otra cosa en la vida sino servirle!

LA MARQUESA.—¡Cuidado! Acaba usted de rozarme la cara con la mano... ¡Le llamo á usted por primera vez al orden!

RAIMUNDO.—¿La he hecho á usted daño?

LA MARQUESA.—¡Mucho!

RAIMUNDO (*arrodillándose*).—¡Pido á usted perdón de rodillas!

LA MARQUESA.—¡Quietas las manos!

RAIMUNDO.—¡Quietas!

LA MARQUESA.—Y la boca.

RAIMUNDO.—¡No sea usted cruel!

LA MARQUESA.—¡Y dale! Voy á verme en la triste necesidad de llamar á usted por segunda vez al orden.

RAIMUNDO.—¡Desacato á la presidencia!

LA MARQUESA.—¡Lástima no tener una campanilla á mano para tirársela á usted á la cabeza!

RAIMUNDO.—¡Ingratísima!

LA MARQUESA.—¡Atrevidísimo! Y con el balcón abierto...

RAIMUNDO.—Cerraré.

LA MARQUESA.—No, no cierre usted, que así será usted más prudente... Voy á solicitar el auxilio de los maceros, digo, de mis criados... ¡Atentar así al pudor de una anciana! ¡Es usted un hombre imposible! ¡Y á sus años, y á los míos! ¡Que le llamo á usted por tercera vez al orden! ¿Se enteró usted? Por tercera y última vez... Porque esto es ya un abuso. ¡Vaya un modo que tiene usted de abanicarme! ¡Como que tengo mucho más calor que antes! Me falta hasta la voz... Bueno, hombre, cierre usted siquiera el balcón.

MIGUEL SAWA.